

MEMORIAS DE JUAN CALASANCIO

(2ª parte)

Ismael Yebra Sotillo

Sevilla, 8 de Febrero de 2003.

MEMORIAS DE JUAN CALASANCIO (2ª. Parte).

El comienzo del nuevo curso no era uno más. Atrás quedaban el largo verano de Umbrete, la vendimia casi terminada y la recogida de las primeras aceitunas, prestas para ser aderezadas en el almacén de El Loreto. El verano de un niño es interminable, aún más si se pasa en un pueblo. Las tardes cálidas en las que la siesta inducía a los mayores a una noche fingida -¡para qué quiere un niño la siesta!- protestando y reclamando el silencio y la quietud necesarios para el descanso.

Un niño no necesita dormir la siesta. Después de comer, lo que quiere es seguir jugando. Y como un juego se planteaba la siesta Juan Calasancio. Primero jugando en el corral haciendo figuras de barro, luego bañándose clandestinamente en una alberca cercana o en una tina de madera llena de agua para favorecer la unión de sus duelas envejecidas, hasta oír la voz del vendedor de helados caseros que, como cada tarde, en lo más alto de la calor, dejaba caer su pregón de: *helado... mantecado... ¡qué riquillo es!* Los niños salían de cada casa, algunos descalzos, con dos pesetas en la mano, los ojos desenchajados, buscando el carro de los helados de Enrique.

Nada tenían que ver las vacaciones en la ciudad con las pasadas en el pueblo. En la ciudad todo se reducía a jugar al fútbol en alguna plazoleta, entretenerse en casa con cosas insulsas o hacer mandados a los padres. Juan Calasancio recuerda haber jugado partidos de fútbol en la plaza de San Pedro, en la de San Leandro, en Espronceda, en el solar del Hogar de San Fernando, actual Instituto Velázquez y en lugares inverosímiles como la sacristía de la iglesia de San Ildefonso o el patio de la colecturía de la iglesia de San Pedro. En el pueblo, en cambio, el verano discurría de una forma más lenta; el silencio parecía hacer al calor más intenso y las horas duraban una eternidad. Si la medida del tiempo es diferente en el adulto que en el niño, lo mismo puede decirse entre la ciudad y el pueblo. Si en la ciudad el decorado era siempre el mismo, en el pueblo, el horizonte se abría y las escapadas eran casi aventuras. El baño en las acequias, el inocente hurto de granadas y membrillos en alguna huerta alejada, la mirada pícaro de las primeras suspicacias, las primeras chupadas a un cigarro de matalahúva, la soledad del campo ante peligros inexistentes, la experiencia resabiada de los niños de pueblo, que más que niños parecían viejos en miniatura. El verano en el pueblo era una visión enriquecedora, diferente y deslumbrante para un niño de ciudad.

Cuando Juan Calasancio regresó aquél año a finales de septiembre para iniciar el nuevo curso escolar, se sentía diferente. La primaria había terminado. Superado el Ingreso con Don José, se iniciaba un nuevo ciclo y se cerraba otro. Atrás quedaban el babi de

rayas, la Enciclopedia y el padre Rufino. Juan Calasancio se creyó alguien importante por aquello de que, en adelante, no entraría por la puerta de primaria, sino por la entrada principal. Ya no vestiría el infantil babi de rayas con su nombre bordado sobre el bolsillo del lado izquierdo del pecho, sino que iría con ropa normal. Ya no tendría un profesor único, sino que serían varios impartiendo cada uno una materia diferente. La disciplina se endurecería, por cuanto el padre Torres, el nuevo prefecto, era mucho más duro que el padre Rufino y el padre Abilio. En adelante tendría que tomar apuntes, estudiar en un libro independiente cada materia, llevar un horario de clases previamente establecido. No era consciente de lo que se le venía encima. Lejos de ello, Juan Calasancio pensaba que había dejado de ser un niño y se consideraba ya todo un hombre. Todos sus compañeros miraban con una mezcla de pena y desprecio a los más pequeños que aún permanecían en primaria. Ningún niño quiere serlo e intenta conseguirlo imitando a los mayores. Juan Calasancio creía que había abandonado la infancia cuando entró en primero de bachiller. ¡Tenía ya diez años!

No sólo cambiaba la mentalidad, sino también el espacio físico. El aula, aunque todavía en la planta alta del patio de la Virgen, estaba claramente diferenciada de las clases de primaria. El punto de referencia para hacer las filas y para el recreo, ya no era el patio de cemento, sino el patio de la Virgen y el patio de Matahacas. El patio de arena se reservaba para actividades estrictamente deportivas y el patio de la sacristía y el del cuartel eran terreno de los gratuitos, que entraban por una puerta aparte por la calle Sol, tenían profesores distintos y un prefecto recio y duro: el padre Fabián. Rara vez se coincidía con los gratuitos, pero siempre se cruzaban miradas recelosas, insinuaciones en voz baja, posiciones distantes, ojos de niño que lo decían todo. Las incursiones por estas dependencias sólo podían hacerse por la tarde, una vez acabadas las clases; alguno se atrevía a olisquear escaleras arriba, explorando una abandonada y enigmática zona donde se hallaba instalada la carpintería y, en aulas abandonadas, se amontonaban los pupitres rotos, mesas desvencijadas y puertas destrozadas.

Pero la parte más oculta del colegio, junto con las habitaciones de los curas que daban a la fachada principal, estaba situada en un patio interior, intermedio entre el patio de la sacristía y la misma sacristía. Ese, más que patio, patinillo cubierto por una montera acristalada, tenía una escalera que conducía a unas dependencias jamás exploradas y conocidas por los niños del colegio. Allí, reclusos a modo de harén, ocultos a la visión de los demás niños, habitantes de una burbuja que les separaba del pícaro mundo, alejados de cualquier posibilidad de contaminación y sin posibilidad de mezclarse con los demás niños del colegio, habitaban unos seres que a Juan Calasancio le parecían angelicales. O al menos así se los figuraba. En sus caras se veía una expresión diferente, una mirada lánguida; su rostro reflejaba bondad y su babi, si bien era del mismo color que el de los internos, permanecía limpio y bien abotonado. Eran los aspirantes. Estos niños, al igual que los internos, sólo iban a su casa en vacaciones, pero a diferencia de éstos, eran llevados por sus padres al colegio con la idea de que en el futuro fueran padres escolapios. Sus aulas estaban aparte, su programa de formación era diferente, sus profesores distintos, sus horas de juego, recreo o deporte eran otras y en lugares apartados. Los niños escolapios aprendían rápidamente a distinguir, a pesar de la coincidencia del color del babi, entre los *brutotes* internos de pueblo como Melchor, de Brenes, Julio Recuero, de Alcolea del Río, Juan Sánchez, de Paterna, Camacho, de Setenil, Najarro, de

Fuentedecantos, Pinto, de Villamartín, Laureano Soria, de Badolatos, Ortíz, de Cantillana,...y los pulcros y *finolis* aspirantes, de los cuales ni siquiera conocía sus nombres.

La entrada era a las nueve de la mañana. Diez minutos más tarde, las filas de niños, una a cada lado de la pared, uno detrás de otro con las manos atrás, en absoluto silencio sólo interrumpido por la voz del profesor o del padre prefecto que deambulaba de un lado para otro por el medio de las filas, se dirigían, atravesando el patio de la Virgen, patio de la entrada y patio de la sacristía, camino de la iglesia. La primera actividad del día era la Misa.

La iglesia estaba repleta de niños que se apretujaban para caber en el banco, prisioneros de una vitalidad que les impedía permanecer en una exigida quietud imposible. A los castigos por hablar se le sumaban los cánticos a la Virgen. Las confesiones voluntarias, escasas, eran suplidas con otras en serie. Se prefería al padre Ayuela, que era viejecito y no oía bien o al padre Leonardo, hermano del padre Bernabé, que, también anciano, era un santo y, además de dar la absolución con cariño, lo más que mandaba como penitencia era un credo al Sagrado Corazón, tres avemarías a la Virgen, un padrenuestro a San José de Calasanz y otro a San Pompilio.

De primero, el niño recuerda las clases de Lengua del padre Juan, una paliza enorme de Don José Macías, el profesor de dibujo, a Rosales Ortíz y el campamento de verano. Don José, cercano a los setenta años, de apenas un metro cincuenta de estatura, la emprendió una tarde a bofetadas, patadas y tirones de patillas, cual si fuese un Cyrano de Bergerac, con el indefenso niño. Rosales, con apenas diez años, le sobrepasaba la cabeza en estatura al profesor que bien podría ser su abuelo. Rosales lloraba y callaba, pero no encontraba un árbitro que detuviera la desigual pelea, ni sonó una campana salvadora. La cosa terminó en una paz armada, a modo de guerra fría, con Rosales mirando a la pared durante el resto de la clase y los demás niños dibujando en silencio con un nudo en la garganta.

Aquél verano del 66, el colegio llegó a un acuerdo con la OJE para que los alumnos escolapios que lo solicitaran pudieran asistir a un turno de campamento. La fecha elegida fue del uno al veinte de julio. Días antes, había que acudir a la delegación de la OJE sita en la calle Rioja para adquirir el equipamiento oportuno: gorra azul, pantalón gris, camiseta caqui, camisa verde oscura y saco-sábana. El campamento se denominaba Batalla del Salado y estaba localizado en los pinares de la playa de la Puntilla, del Puerto de Santa María.

El campamento estaba integrado por unas cincuenta o sesenta tiendas de campaña, cada una de las cuales estaba ocupada por seis niños que dormían sobre jergones de paja. Allí conocimos a Alfonso García Borja que, al año siguiente, se cambió de colegio y se hizo compañero nuestro. Cada tienda tenía un cartel a la entrada con un nombre emblemático: Felipe II, El Cid, Ramiro de Maeztu, Don Juan de Austria, El Gran Capitán,... En el centro de la explanada, tres mástiles veían izar cada mañana y bajar cada tarde, las banderas de España, la Falange y la Requeté, mientras los niños cantaban el Cara al Sol. Todo finalizaba con un Viva José Antonio, Viva Franco y Viva España,

vitoreados con un tono marcial que recordaba a los acuartelamientos legionarios. Del campamento guarda Juan Calasancio un buen recuerdo, así como de los monitores y *mandos* que pertenecían a la OJE. Quedan en la memoria del niño los baños en la playa, interrumpidos por la merienda que llevaba *El Moreno* integrada por pan y chocolate Virgen de los Reyes, las noches de *Fuego de Campamento*, en las que alrededor de una gran hoguera se cantaba y se contaban chistes y anécdotas; la caza de camaleones por los pinares cercanos, las noches de estrellas suavizadas por la brisa del mar, la visita de los familiares los domingos y la excursión a Cádiz en el vaporcito Adriano, oriundo de Sevilla, que aún en la actualidad sigue zarpando del río Guadalete para cruzar la bahía en dirección a Cádiz. Allí, en el campamento del Puerto, el niño pudo seguir el Mundial de Inglaterra y recuerda la calva de Bobby Charlton, las escapadas de George Best, la clase de Franz Beckenbauer, los pases largos de Gunter Netzer, el gol que nunca fue de Pelé y la lesión de *O Rey*, acción premeditada de la piratería inglesa. España, como siempre, por culpa una vez más de la mala suerte, cayó a las primeras de cambio.

Al año siguiente, segundo, las clases se trasladaron a la planta baja del patio de la Virgen. El prefecto fue el padre Torres y la misa diaria, los triduos al Sagrado Corazón, a San José de Calasanz, a Nuestra Señora de las Escuelas Pías, permanecieron inalterables. De vuelta de la iglesia, a las diez, a toque de campana, se iniciaba la jornada estrictamente docente. Llegaba el turno de la Lengua con el padre Juan, el Dibujo con Don José Macías, el Francés con el padre Jara, Geografía con el padre Eloy, la Gimnasia con Don Antonio, Don Luciniano y Don Manuel, la Religión con el padre Bernabé,...

El padre Eloy, era un hombre vitalista, relativamente joven y muy expresivo y entusiasta en sus actividades. Natural de Ávila, recio e hiperactivo, se remangaba la sotana y gustaba de jugar al fútbol con los alumnos, al igual que el Hermano Antonio, eternamente hermano y por fin padre, pero de dos hijos, y el padre César, el encargado de la librería, diácono que nunca llegó a tomar el sacramento del Orden, y que sentía pasión por el baloncesto. En la memoria del niño aún permanecen esas coplas que contenían los apuntes de Geografía del padre Eloy y que le hacían retener más fácilmente los pueblos de España:

Zamora, Toro, Bermillo
Alcañices, Benavente
Fuentesaúco y Olmillo
Villalpando y San Vicente.

O esta otra:

Madrid, Chinchón, Colmenar
Alcalá, Getafe, El Pardo
Aranjuez, El Escorial
Navalcarnero y Buitrago.

O en la vecina Extremadura:

Badajoz, Zafra, Castuera

Almendralejo, Jerez
Mérida, Olivenza, Herrera
Y La Puebla de Alcocer.

O, por último, la de nuestra provincia:

Sevilla, Morón, Utrera
Lora, Osuna, *Aznalcollar*
Ecija, Carmona, Herrera
Cazalla, Estepa y Alcalá.

Pedagogía de la época. Todo como un juego, como una música, como una canción mágica de territorios desconocidos que en una España, aún en blanco y negro, dibujaba surcos por la piel de toro, a modo de raíles de un tren imaginario que nunca parecía llegar o que se alejaba lentamente para siempre. Notas musicales para aprender las tablas de multiplicar, coplas para recordar los pueblos de cada provincia, canciones para la Virgen en mayo, una banda sonora ingenua para una infancia feliz. Una música de fondo para una niñez despreocupada que quería prolongarse más allá de lo razonable.

El padre Juan, profesor de Lengua y Literatura, se esforzaba en recitar cuartetos, silvas y sonetos, entusiasmándose de tal forma que al final se le trababa la lengua y era imposible reconocer los últimos versos del poema. Gesticulando intensamente, con cara expresiva y desencajada, finalizaba entre risas las mejores composiciones de la épica medieval. Daba la impresión de que él mismo se reía de sus recitaciones que, presas del entusiasmo, siempre finalizaban con un ininteligible y emredoso final. Como buen hombre que era, iba a su aire y vivía en su mundo, alejado de cualquier otra cosa que no estuviese relacionada con los Loores a Nuestra Señora, el Infante Don Juan Manuel, la poesía de Fray Luis o la autoría del Lazarillo.

El profesor de matemáticas fue Don Ramón Ortega. Era un buen hombre; tranquilo y pastueño, como buen pastor capaz de apacentar ovejas; con paciencia y eficacia fue introduciéndonos por los entresijos del álgebra y las ecuaciones, merodeando después por la enigmática trigonometría. Juan Calasancio nunca entendió ¡para qué serviría aquello del seno, el coseno y la tangente!

En Tercero, continuaron las clases en el patio de la Virgen. Ese curso se incorporó al claustro de profesores Don Antonio García de Quirós y Milán. Gordito, bajito y calvito, como a él mismo le gustaba definirse, procedía de Rota, su pueblo natal, del que se enorgullecía y del que había sido alcalde. Poseedor de una peculiar forma de enseñar, se ofrecía en cuerpo y alma a sus alumnos, a los que ofrecía su casa, en calle Imperial N.º 5, bajo, y su teléfono particular, disponible por si alguien tenía alguna duda a la hora de estudiar o realizar los deberes. Don Antonio poseía unas indudables dotes docentes y sobretodo tenía una gran capacidad de atracción y comunicación. Su relación con los alumnos pretendía que fuese más allá de la estricta clase diaria o el exclusivo ámbito colegial. Afirmaba que lo importante no era la calificación, sino el aprender de verdad y, según él, nadie era capaz de copiarle en un examen gracias a las gafas de sol oscuras que utilizaba para vigilar durante el examen. Nunca quedó claro si en verdad lograba cazar a

alguien o tanta oscuridad le impedía ver realmente al que copiaba. Don Antonio recordaba con su gabardina y su sombrero de fieltro a Don Antonio Machado por las calles de Baeza o a José María Pemán sentado en su despacho gaditano escribiendo el Séneca o el Divino Impaciente. En tercero dio Latín y en cuarto Literatura. Ofrecía los libros de su biblioteca a los alumnos, con las únicas condiciones de cuidarlos y devolverlos. Hombre de profundas convicciones religiosas, no en balde había sido seminarista de joven, Juan Calasancio supo de su muerte años más tarde, a causa de una incurable dolencia hepática, en su domicilio de la calle Socorro, en la collación de San Román, al leer su esquila mortuoria en la prensa local.

Cuarto de bachiller, Juan Calasancio lo recuerda con un sentir especial en la clase del patio de Matahacas. ¡Lástima que sufriera la primera puñalada consciente que le dio la vida! El año anterior había sido alcanzado el compañero Jesús González Vázquez. Aislada del resto del colegio, en el último patio, donde ya ni se oía la campana salvadora que señalaba el final de la clase, los trece años transcurrieron en un ambiente de amistad y camaradería. La clase de Matahacas tenía su encanto. Había una puerta que comunicaba con el laboratorio, lugar por cierto jamás pisado, no ya para hacer prácticas, sino ni siquiera de visita, por los alumnos de nuestro curso. Al fondo del todo, una ventana, comunicaba con los urinarios del patio y con unas dependencias un tanto anárquicas, tal vez almacén, escombrera o estercolero, donde habitaba un borrego que nos deleitaba con su presencia en los momentos más inoportunos. Aparte de la ración de cebada que Ramón Salado le traía de su casa de Umbrete, el borrego ingería toda clase de papeles y hojas, siendo su plato preferido el folio en blanco, a ser posible de papel Guarro.

La clase de Matahacas tenía la ventaja de que se podía organizar toda la juerga que se quisiera sin ser vistos. Mientras el jolgorio alcanzaba unos niveles inimaginables, alguien se encargaba de vigilar la entrada al patio que distaba unos cincuenta metros de la clase. Cuando el padre Millán, el nuevo prefecto, aparecía por la cancela, se daba la voz de alarma y cuando llegaba a la clase, todos estaban sentados, aplicadamente volcados sobre el libro o los apuntes. Allí también, en Matahacas, surgieron los primeros escarceos juglarescos de algún que otro Romeo que se comunicaba, con el regodeo de toda la clase, con una Julieta que habitaba en un segundo piso al otro lado de la calle y que gustaba de levantar sensibilidades asomándose más de la cuenta al balcón de enfrente.

Allí en Matahacas, Don Fernando Gómez Armenta haría doblete con Francés y la Historia de España. ¡Dios mío que pronunciación a la *remanguillé del s'il vous plait y del por aquí te quiero ver!* ¡Si Roland, el *de la chanson*, Moliere o Balzac levantaran la cabeza! Si el Francés era de *pacotillé y al camelé*, la Historia, en su caso, era cosa de dos líneas. Todos los días preguntaba a todos los alumnos, pero, eso sí, daba por buena la respuesta con tan solo iniciarla bien; en vista de ello, los despabilados niños escolapios solamente se aprendían las dos primeras líneas de cada pregunta.

Adicto inmisericorde a los caramelos *Pictolín*, Don Fernando cultivaba un humor fino y punzante muy sevillano; es decir: ¡que tenía guasa! Gozaba enormemente cuando calificaba con un *magote* o *cero con ombligo*, señal inequívoca de que el alumno agraciado –cito palabras textuales- iba a aprobar *cuando las ranas criasen pelos y los galápagos plumas*.

El padre Bernabé Ruiz, el rector por más señas, el manigero del colegio, gozaba de gran prestigio en el mundo cofrade. Su oratoria semanastera le hacía ser pieza codiciada por los capillitas para sus novenas y quinaros cuaresmales. Sus pláticas fueron famosas durante varios años en el quinario del Cristo de la Buena Muerte de la Hermandad de los Estudiantes, cuando tenía su sede en la iglesia de la Anunciación de la calle Laraña. Pero en sus clases de Religión, su supuesta formación teológica y su pretendida exquisitez oratoria, servían para adormilar a los alumnos; mientras él divagaba por entre los postulados de la filosofía escolástica o inundaba su verbo de razones para así razonar lo más irrazonable de la fe, los niños hacían conjeturas acerca de la selección ideal con la que España debería afrontar su próximo partido de clasificación para la Eurocopa.

Pero la gran estrella del profesorado fue Don Luis Portillo. Personaje de leyenda (negra), de constitución biliosa, ceño fruncido y con gesto como de permanente estreñimiento o crisis hemorroidal crónica, probablemente acosado por problemas personales o familiares, encontraba su desahogo amargando la vida de los alumnos. Inteligente, sin duda, habilidoso y ambidiestro, parecía gozar de la exclusiva en la distribución de los productos de Inés Rosales o Andrés Gaviño de Castilleja de la Cuesta. Que Dios perdone a Juan Calasancio, pero es sincero si reconoce que no guarda buen recuerdo de semejante individuo ni de su *Tía Frasquita*. Desea que Dios le tenga en su santa gloria, pero está seguro de que también llevará su rapapolvo en el Último Día. Recuerda Juan Calasancio a sus hijos gemelos pelados al cero, con apenas diez o doce años, como castigo de su padre a alguna travesura, soportando el escarnio y las crueles burlas de los demás niños del colegio, en este caso, auspiciadas por su propio padre. Requiescam in pacem... Amén.

Todo lo contrario ocurría con el Padre Blas. No creo que ninguno de sus alumnos guarde mal recuerdo de él. Todo lo contrario, más querido iba siendo a medida que los niños iban creciendo y, poco a poco, dejaban de serlo. Era necesaria una cierta madurez para ser consciente de sus virtudes. Castellano recio y austero, conservaba el aire y el talante de su Palencia natal. Bajo su boina, su chaleco negro de lana que vestía por encima de la sotana, sus dedos amarillos de tener permanentemente encendido un cigarro de Ideales caldo de gallina, se escondía un hombre culto a pesar de que su apariencia era rústica; daba la impresión de que acababa de bajarse de su jumento que permanecería atado a alguna reja junto a la puerta del colegio. Su nobleza quedaba clara desde el primer instante de conocerle. Parecía haber cambiado hacía unas horas un pantalón de pana por la sotana o la azada por un libro, manteniendo la boina y los rasgos faciales de un campesino castellano. Era bondadoso, honesto y se le veía venir.

Del padre Blas Sáinz, como firmaba en su labor de ecónomo, Juan Calasancio oyó decir a su hermano mayor, también alumno escolapio, que ante el desplante de un zagalón de catorce años que, tras una reprimenda, le dijo que se escondía bajo una sotana, el padre Blas, desprendiéndose de la emblemática prenda y remangándose la camisa, retó al impresentable niño en el patio de cemento, contestándole que debajo de la sotana había un hombre. El envalentonado chavalote se arrugó, no fue capaz de acudir a la cita y las cosas quedaron en su sitio y la lección bien aprendida.

Juan Calasancio le recuerda con su libro en la mano y el cigarro pendiendo de su labio inferior, caminando con paso lento, pesado, decidido y parsimonioso, en dirección al patio de la Virgen para sus clases de Latín. También le recuerda con el caldo de gallina en la boca, cual apéndice anatómico imprescindible, echando de comer a los pececillos de colores que nadaban en la fuente del Sagrado Corazón del patio del Señor Sin reconvertirse como tantos otros, genio y figura, ejemplo de honradez y perseverancia, modelo de coherencia, el padre Blas permaneció fiel a sus votos religiosos hasta su muerte, en unos tiempos en los que la mayoría de los padres que conocimos se hicieron padres, pero de familia, y las comunidades se convirtieron en carcas comunas, decadente fracaso y pobre residuo de tiempos pretéritos, refugio de desorientados y perdedores, que en nada recordaban al espíritu del Colegio Calasancio Hispalense.

Cuarto de Bachiller era para los alumnos algo así como lo que los antropólogos llaman un rito de paso. Era un curso emblemático. Acabado el programa normal de estudios, había que pasar la Reválida. Consistía en una serie de exámenes por grupos de materias que había que realizar en el instituto correspondiente, en el caso de los escolapios en el San Isidoro de la calle Amor de Dios. Juan Calasancio recuerda que compraba El Correo de Andalucía para seguir los exámenes. Cada día, el periódico fundado por el cardenal Ilundain, publicaba las preguntas del día anterior, debidamente comentadas y explicadas. ¡Qué lejos quedan estos tiempos, que ahora nos parecen pueriles, de los actuales en los que la prensa no es más que un *comecocos* manipulado dentro de un entramado de poder, brazo derecho de la política, que maneja a profesionales mercenarios que utilizan la tinta como auténtica arma química y de destrucción masiva. El examen de reválida era como una puesta de largo; se cruzaban miradas extrañas con los niños de los maristas, de los jesuitas, de los colegios públicos. Parecíamos peces fuera del agua o aves recién salidas del cascarón. Era una situación extraña, desconocida, una aventura que había que correr, una prueba que había que superar más allá de los límites de seguridad de la casa de Ponce de León.

Juan Calasancio es consciente de que algo debe quedar fuera de sus memorias. Unas cosas por no haberlas vivido, otras por haberlas olvidado. Esa subjetividad es la grandeza de la obra literaria. A diferencia de la Historia, la literatura recrea, interpreta y, a veces, inventa o prefiere olvidar. A algunos les refrescará la memoria, a otros les parecerá insuficiente. Unos estarán de acuerdo, otros discreparán abiertamente. El pensamiento humano no cabe en unos folios y menos aún el de una colectividad. El niño recuerda otras muchas situaciones y otros muchos personajes. No ha olvidado al padre Ramón Prieto, el Rector anterior a la segunda etapa del padre Bernabé, que aún vive, aunque muy delicado de salud, en la residencia del colegio de Madrid. Al padre Ceferino, al padre Isidro, al padre Palacinos, al padre Santos, al padre Millán, al padre Espejo, al padre Miguel Ángel... A seglares como Don Juan Sánchez Centeno, Don Antonio el organista y profesor de música, a Don Antonio Arjona, a Don Julio Oliver,... Ni a empleados de la calle como Salvador, el portero o Nuñez, el carpintero, que también vendía chucherías y tenía el fútbol en el patio de arena,... Juan Calasancio no ha querido hablar de Don Antonio Martín Flores, ni de Don José Mejías, por estar presentes en el momento de dar a conocer estas notas. Sus palabras podrían parecer diplomáticas, pura cortesía o simular una cierta adulación personal. Prefiere hacerlo en tiempos venideros, pero su presencia en

este acto a instancias de los alumnos aquí presentes permite adivinar fácilmente el buen concepto y mejor recuerdo que de él tenemos los aquí reunidos.

Se hace aconsejable terminar. Juan Calasancio, va a hacer realidad un sueño que nunca se le cumplió. Se va a convertir en el delegado del curso y con el parte por delante, bolígrafo en mano, ha ido apuntando a cada uno de vosotros por hablar durante esta charla o por falta de puntualidad. Se ha visto desbordado y, al final, ha decidido castigar a toda la clase como teníamos que pasar las horas en aquél enorme estudio que daba al patio de Matahacas. Así que todos estáis castigados a asistir el año que viene a la llamada de los organizadores y, en penitencia, a escuchar en silencio la tercera, y presumiblemente última, parte de las Memorias de Juan Calasancio. Ad Majus Pietatis Incrementum.

Muchas gracias.

Sevilla, 8 de febrero de 2003.

Apéndice nº 1: D. Antonio Martín Flores.

Hará unos cinco años. Yo estaba en mi consulta del ambulatorio de Marqués de Paradas. Como cada mañana, desde las ocho en punto, iba pasando lo más dignamente posible, cada uno de los veinticinco pacientes citados. La enfermera salía a la sala de espera y los llamaba por su nombre siguiendo un horario previamente establecido. Oí llamar a Antonio Martín, sin prestar más atención. Cuando le vi entrar me quedé perplejo. Era Don Antonio Martín Flores, mi antiguo profesor de Educación Física y Formación del Espíritu Nacional, cuando cursaba el bachiller en los escolapios.

No había vuelto a saber de él desde aquél mes de junio del 71 en que terminé la reválida de sexto. Estaba igual. Su traje negro, su corbata negra destacando sobre la camisa blanca, sus gafas de montura de pasta negra, su sonrisa entreabierta, su sensación de paz interior transmitiendo seguridad en sí mismo.

No supe qué decirle. No sé si él notó algo especial en mí. Me limité a hacer mi trabajo escuetamente. Habría tenido muchos alumnos a lo largo de sus muchos años de docencia y yo, en ese momento, no era más que un médico del seguro, el especialista en Dermatología que le correspondía por su domicilio.

Le atendí, como procuro hacerlo siempre, con corrección, pero me sentía incapaz de decirle que había sido su alumno. Habían pasado más de veinticinco años. Estaba convencido de que no me recordaría. Yo había sido uno más entre miles y, además, de los que solía pasar desapercibido. Yo no había sido de los integrantes del mítico equipo de balón volea, como se decía entonces, ni había formado parte del equipo de balonmano, ni siquiera era de los titulares en el equipo de fútbol de la clase. Por otra parte, el silencio tampoco me dejaba satisfecho.

Recordaba a Don Antonio con su silbato en la mano en las frías mañanas del patio de arena, cuando dejábamos la ropa sobre los asientos de cemento del cobertizo de uralita del campo de fútbol, ordenándonos formar uno tras otro, mandando cubrirnos para mantener la distancia y ponernos firmes con un seco pitido. Por mi mente parecía pasar una película del NODO. Veía hacer la tabla de gimnasia y luego carrera continua dando vueltas y más vueltas alrededor del irregular campo de fútbol, hasta que Don Antonio, con un nuevo pitido, daba por finalizada la carrera y, señalando a una y otra portería, gritaba entre el alborozo general: ¡Sevilla contra Betis!

En sus clases de Formación del Espíritu Nacional intentaba transmitir su ideología y la integridad de sus pensamientos. No era serio, sino formal. Cumplidor y apasionado con lo que hacía, jamás se le vio un mal gesto, nadie le oyó una mala respuesta. Buscaba un mundo mejor por él soñado.

Todo esto pasaba por mi mente en unos segundos, mientras rellenaba las recetas de la seguridad social. Finalmente, no pude resistirme y antes de irse le dije:

-Don Antonio... yo he sido alumno suyo en los escolapios... Me agrada volverle a ver. Me tiene a su disposición.

Ahora era yo quien tenía el silbato en la mano y quien controlaba el tiempo y las formas. La vida tiene esas cosas y da esas vueltas. Pero también tiene esas gratificaciones. Cuando alguien como usted, Don Antonio, hizo bien y no miró a quien, recibe el pago, como dice el evangelio, por añadidura.

Y ese buen recuerdo que de usted guardamos es el que hace que usted esté aquí, hoy, con nosotros. Si eso no fuera cierto, yo le habría seguido atendiendo anónimamente como un asegurado más y el resto de mis compañeros no hubieran aceptado con agrado su presencia.

Sea, pues, bienvenido, le damos las gracias por acudir a nuestra invitación y deseamos que Dios le bendiga y le dé salud a usted y a su familia.

Apéndice 2: D. José Mejias.

Estimado Don José:

Los caminos del Señor son inescrutables. Hace años que no sabíamos de usted. Ya estudiante de Medicina, le veía caminar con paso rápido por Santa Catalina, camino del San Francisco de Paula. Otras veces, cuando yo iba en el autobús en dirección a la Macarena, le veía andar por la Puerta Osario, con su maleta de cuero bajo el brazo, saliendo de Santo Tomás de Aquino en dirección a los salesianos.

Dejó escrito el poeta que se hace camino al andar, pero pocos habrán caminado tanto como usted. No es que tuviera el don de la ubicuidad, pero sí el de la laboriosidad y llevaba adelante su casa dando clases en los escolapios, los salesianos, Santo Tomás de Aquino y San Francisco de Paula.

Esa laboriosidad la transmitía usted en sus clases de matemáticas en las que enseñaba desde cómo tener el rigor y el talante capaz de resolver una enorme derivada, que llamábamos *castillito* y que haría tambalear la mente del mismísimo Einstein, hasta cómo había que borrar la pizarra, de arriba hacia abajo, sin necesidad de levantar una gran polvareda cual si de una tormenta del desierto se tratase.

Al igual que esos futbolistas como Montero, Enrique Lora, Cardeñosa o Gordillo que caían bien a ambas aficiones, independientemente de que vistieran la camiseta del Betis o del Sevilla, usted, como buen artista, caía bien a los de ciencias y a los de letras.

Por eso le agradecemos que haya hecho un hueco en sus obligaciones familiares para reunirse con este grupo de integristas escolapios que le recuerdan con afecto. Solicitamos salud para usted y su familia y, por la intercesión de San José de Calasanz, San Juan Bosco, San Francisco de Paula y Santo Tomás de Aquino, que Dios le bendiga.